

El arresto, juicio y crucifixión de Jesús

Por Mario Seiglie

En los últimos números de *Las Buenas Noticias* hemos examinado los hallazgos arqueológicos que nos permiten comprender mejor la vida y el ministerio de Jesucristo en las primeras décadas del siglo primero. Ningún período de la vida de Jesús está narrado con más detalle en los cuatro evangelios que el de sus últimos días, cuando fue arrestado, juzgado y crucificado como un criminal común.

La tumba de Caifás

Con el arribo de Jesús y sus discípulos a Jerusalén para tomar esa última Pascua, los acontecimientos pronto llegaron a su clímax. Los principales sacerdotes sintieron pánico cuando se enteraron de que en Betania, una aldea cercana, Jesús había resucitado de la muerte a su amigo Lázaro (Juan 11).

¿Cómo reaccionaron ante la noticia de ese milagro? “Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca . . . Así que, desde aquel día acordaron matarle” (vv. 47-53).

Asombrosamente, en 1990 se descubrió la tumba del sacerdote Caifás. El arqueólogo israelí Zvi Greenhut relata: “Cuando

llegué pude constatar que la bóveda de la cueva se había derrumbado. No obstante, desde afuera podía ver cuatro osarios, o cofres con huesos, en la cámara principal de la cueva. Para un arqueólogo, era un claro indicio de que era una cueva para sepultar judíos . . . Así fue cómo descubrimos el último lugar de descanso para la familia Caifás, uno de cuyos miembros presidió el juicio de Jesús” (*Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], septiembre-octubre de 1992, pp. 29-30).

Dos de las 12 urnas de piedra que fueron halladas tienen inscritas el nombre Caifás, y una de ellas con el nombre completo “José, hijo de Caifás”. Dentro de este osario yacen los restos de un hombre de 60 años, una mujer y cuatro personas jóvenes que probablemente eran de su propia familia.

El arqueólogo Ronny Reich nos da más detalles acerca del descubrimiento: “El osario más adornado que se halló en esta cueva tiene dos inscripciones relacionadas con Caifás . . . Tal parece que el anciano enterrado en este osario ricamente ornamentado fue José. Probablemente uno de sus ancestros había adquirido este apodo. [Caifás parece ser un apodo que significa ‘cesto’, y se deriva de cesterero.] Una persona llamada José, con el apodo de Caifás, fue el sumo sacerdote en Jerusalén durante los años 18-36 d.C. El Nuevo Testamento sólo da su apodo en griego: Caifás (ver Mateo 26:3, 57; Lucas 3:2; Juan 11:49; 18:13-14, 24, 28; Hechos 4:6). Josefo [historiador judío del primer siglo] da su nombre completo: José Caifás, o en otra parte, ‘José que era llamado Caifás del sumo sacerdocio’. En suma, Josefo nos relata explícitamente que Caifás era realmente un apodo” (*Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], septiembre-octubre de 1992, p. 41).

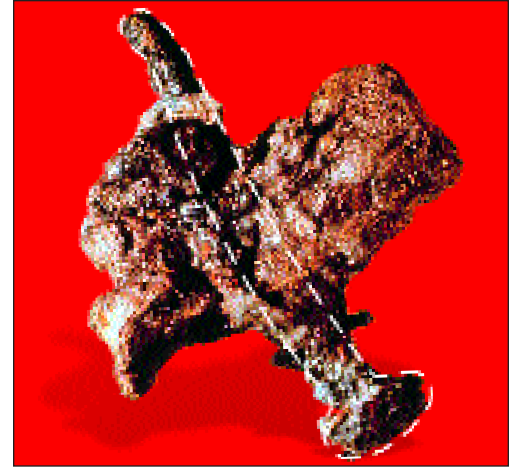
La inscripción de Pilato

Después de que Jesús fue arrestado por órdenes de Caifás, fue llevado ante éste para ser juzgado y luego enviado al gobernador romano Poncio Pilato. La descripción de Pilato que encontramos en el Nuevo Testamento concuerda con otros relatos históricos: “Dos escritores, Filón y Josefo, unen sus testimonios al atribuir a Pilato acciones viles y terribles, de manera que se le atribuye un carácter malvado” (*The Interpreter’s Dictionary of the Bible* [“Diccionario bíblico para el intérprete”], tomo 3, p. 813).

Filón, filósofo judío de Alejandría (20 a.C.-50 d.C.), describe a Pilato como un hombre “muy inflexible, despiadado y obstinado”. De hecho, menciona que las características del gobierno de Pilato eran “la corrupción . . . la insolencia . . . la crueldad . . .



El sumo sacerdote que urdió la muerte de Jesús se llamaba Caifás. En 1990 los arqueólogos descubrieron el sepulcro familiar del sumo sacerdote y este osario que lleva su nombre.



El gobernador romano Poncio Pilato desempeñó un papel prominente en el juicio y la ejecución de Jesús. En 1961 se descubrió en la ciudad de Cesarea una placa de piedra en la que están grabados su nombre y título oficial. El nombre del gobernador en latín “[PON]TIVS PILATVS” aparece en la segunda

línea de la inscripción (foto de la izquierda). En 1968 los arqueólogos hallaron un testimonio lúgubre de la horripilante crueldad de la crucifixión: un hueso de tobillo humano, perforado por un gran clavo de hierro, con un fragmento de madera de olivo todavía adjunto (foto de la derecha).

constantes asesinatos de personas no juzgadas ni condenadas, y una implacable, caprichosa y cruel inhumanidad” (*The Works of Philo* [“Las obras de Filón”], pp. 301-302).

Varios años después de la crucifixión de Jesús, Pilato fue enviado a Roma para enfrentar un juicio humillante, habiendo sido acusado de ordenar la matanza de unos peregrinos samaritanos. Eusebio, historiador eclesiástico del siglo cuarto, narra que Pilato fue hallado culpable y fue exiliado. Más tarde se suicidó al no poder soportar la vergüenza del exilio. Ese fue el final de este orgulloso y corrupto gobernante.

Durante siglos, las únicas fuentes de información acerca de Pilato eran los escasos relatos históricos y los cuatro evangelios. Pero en 1961 hallaron en Cesarea, el puerto romano y capital de Judea en tiempos de Jesús, una placa de piedra inscrita con el nombre y el título de Pilato. “La placa, que mide un metro por 60 centímetros, y conocida ahora como la inscripción de Pilato . . . parece haber sido escrita para conmemorar la inauguración y dedicación de un tiberión, un templo para la adoración de Tiberio César, emperador romano durante el período de gobierno de Pilato sobre Judea. La inscripción latina de cuatro líneas menciona su título como: ‘Poncio Pilato, prefecto de Judea’, una expresi-

ón muy parecida a la que se usa en los evangelios (ver Lucas 3:1). Es el primer descubrimiento arqueológico que menciona a Pilato y nuevamente comprueba la precisión de quienes escribieron los evangelios. El conocimiento que tenían de los títulos oficiales nos indica que vivieron en la época en que éstos se utilizaban, y no uno o dos siglos más tarde, cuando dichos términos fueron olvidados” (Randall Price, *The Stones Cry Out* [“Las piedras claman”], 1997, pp. 307-308).

Prueba horrorosa de la crucifixión

En el pasado, algunos estudiosos consideraban que la descripción que en la Biblia se da sobre la crucifixión no era creíble. Pensaban que era imposible que un cuerpo humano pudiera ser sostenido por unos clavos enterrados en las manos y los pies, puesto que la carne se desgarraría debido al peso de la víctima. Creían que las víctimas eran atadas con cuerdas.

Sin embargo, en 1968 se halló en Jerusalén el cuerpo de un hombre que había sido crucificado durante el primer siglo de nuestra era. Así se descubrió la verdadera manera de crucificar. Eran los tobillos y no los pies los que eran clavados, y así podían sostener fácilmente el peso.

El arqueólogo Randall Price explica: “Este hallazgo poco común ha demostrado ser uno de los testimonios más impor-

tantes con respecto a la crucifixión de Jesús tal como está descrita en los evangelios . . . Este método de ejecución hacía que el peso del cuerpo, cayendo sobre los clavos, causara terribles y dolorosos espasmos musculares y, finalmente, la muerte por el atroz proceso de asfixia . . . El descubrimiento del hueso de tobillo perforado refuta a los que dicen que no podían haberse usado clavos” (Price, *op. cit.*, pp. 309-310).

La ley romana de ese entonces prescribía la crucifixión como un castigo para los crímenes más graves, como la rebelión, la traición y el robo.

Los judíos también conocían del método de crucifixión, incluso antes del dominio romano, porque alrededor del año 87 a.C. el rey judío Alejandro Janeo ordenó crucificar a 800 fariseos rebeldes. Josefo, quien presenció la crucifixión de sus compatriotas judíos durante el sitio de Jerusalén (66-70 d.C.), la llamó “la más espantosa de las muertes”. La crucifixión siguió siendo el castigo para los crímenes más graves hasta los tiempos del emperador Constantino, cuando fue abolida.

¿Fue Jesús ejecutado en una cruz?

Puesto que los romanos usaban diferentes métodos para crucificar, no se sabe cómo era exactamente el tipo de madero o cruz que usaron para ejecutar a Jesús.

La palabra griega que es traducida como “cruz” es *stauros*. El lexicógrafo W.E. Vine nos da bastante información sobre este término: “*Stauros* . . . denota, primariamente, un palo o estaca derecha. Se clavaba en ellas a los malhechores para ejecutarlos. Tanto el nombre como el verbo *stauroō*, fijar sobre un palo o una estaca, debieran distinguirse originalmente de la forma eclesiástica de una cruz de dos brazos. La forma de esta última tuvo su origen en la antigua Caldea [Babilonia], y se utilizaba como símbolo del dios Tamuz (que tenía la forma de la mística Tau, la inicial de su nombre) en aquel país y en los países adyacentes, incluyendo Egipto. A mediados del siglo 3 d.C., las iglesias se habían apartado en ciertas doctrinas de la fe cristiana, o las habían pervertido. Con el fin de aumentar el prestigio del sistema eclesiástico apóstata, se recibió a los paganos en las iglesias aparte de la regeneración por la fe, y se les permitió mantener en gran parte sus signos y símbolos. De ahí que se adoptara la Tau o T, en su forma más frecuente, con la pieza transversal abajada, como representación de la cruz de Cristo.

“En cuanto a la chi, o X, que Constantino declaró haber visto en una visión que le condujo a ser el valedor de la fe cristiana, aquella letra era la inicial de la palabra ‘Cristo’, y no tenía nada que ver con ‘la Cruz’ . . .” (*Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 1984, tomo 1, p. 348, “Crucificar, Cruz”).

La tumba vacía

Los escritores de los evangelios nos dan muchos detalles acerca del entierro y el sepulcro de Jesús. “Cuando llegó la noche, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús . . . Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue . . . Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato, diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo

aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero. Y Pilato les dijo: Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis. Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia” (Mateo 27:57-66).

¿Coincide este relato con los descubrimientos arqueológicos acerca de las prácticas de entierro de ese tiempo? En los alrededores de Jerusalén se han hallado varias tumbas que encajan perfectamente con la descripción dada por los escritores de los evangelios.

“Era frecuente que en la época romana la entrada de la tumba fuera cerrada con una gran piedra circular, que se ponía en un costado y se deslizaba por una ranura hasta que tapaba completamente la abertura del sepulcro. Además, la piedra podía ser asegurada con una correa o podía ser sellada. Pilato ordenó que la tumba de José de Arimatea, donde yacía el cuerpo de Jesús, fuera cuidadosamente sellada y asegurada (Mateo 27:66)” (*The International Standard Bible Encyclopedia* [“Enciclopedia internacional general de la Biblia”], 1979, tomo 1, p. 559).

Cuando los romanos deseaban asegurar una tumba, colocaban una correa de lado a lado de la piedra circular. Fijaban la correa con cera y le imprimían el sello imperial de Roma. El que violara este sello estaba desafiando la autoridad romana y se exponía al peligro de la pena de muerte. Los guardias fueron puestos alrededor del sepulcro con órdenes de defenderlo a toda costa; y si se dormían, lo pagarían con sus vidas. Con todo esto, la tumba se consideraba completamente segura e inviolable. No obstante, cuando Jesús resucitó y un ángel abrió la tumba, la Biblia narra que los guardias “temblaron y se quedaron como muertos” (Mateo 28:4). Cuando volvieron en sí y vieron el sepulcro vacío, inmediatamente acudieron a los principales sacerdotes en busca de ayuda, pues sabían que enfrenaban la pena de muerte.

“Mientras ellas [María Magdalena y la otra María] iban, he aquí unos de la guardia fueron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido. Y reunidos con los ancianos, y habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados, diciendo: Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos. Y si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo. Y ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había instruido. Este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy” (vv. 11-15).

En este relato también se puede corroborar que es fidedigno el testimonio histórico de que Pilato era un gobernante corrupto. Es obvio que los principales sacerdotes sabían que él aceptaba sobornos.

Conclusión de los evangelios

Por medio de la arqueología, se han podido confirmar muchos de los detalles que describen el juicio, la crucifixión y el entierro de Jesús. El arqueólogo Randall Price indica lo que todo esto significa: “. . . La arqueología nos ha mostrado que los hechos que respaldan la fe [en la resurrección de Jesús] —una tumba identificable que atestigua los hechos literales— son confiables. La fe en el Cristo de la historia, para poder ser real, sí depende históricamente de un sepulcro vacío. Mientras que la arqueología sólo puede señalar la tumba, las personas y los acontecimientos que fueron parte de este propósito histórico (Herodes, Pilato, Caifás, la crucifixión, etc.), la resurrección está entrelazada con estos hechos y exige la misma consideración” (Price, *op. cit.*, pp. 315, 318).

Podemos resumir el propósito de esta serie de artículos acerca de los evangelios con una cita muy apropiada: “Existen cinco evangelios que registran la vida de Jesús. Cuatro de ellos se encuentran en libros, y uno se halla en la tierra que llaman santa. Lea ese quinto evangelio y el mundo de los otros cuatro se le abrirá” (Bargil Pixner, *With Jesus Through Galilee According to the Fifth Gospel* [“Con Jesús en Galilea según el quinto evangelio”], 1992). **BN**